

COLABORACION

UNA IMPORTANTE FACETA DE LA ATMOSFERA

Por OSCAR REY BREA
Observador de Meteorología

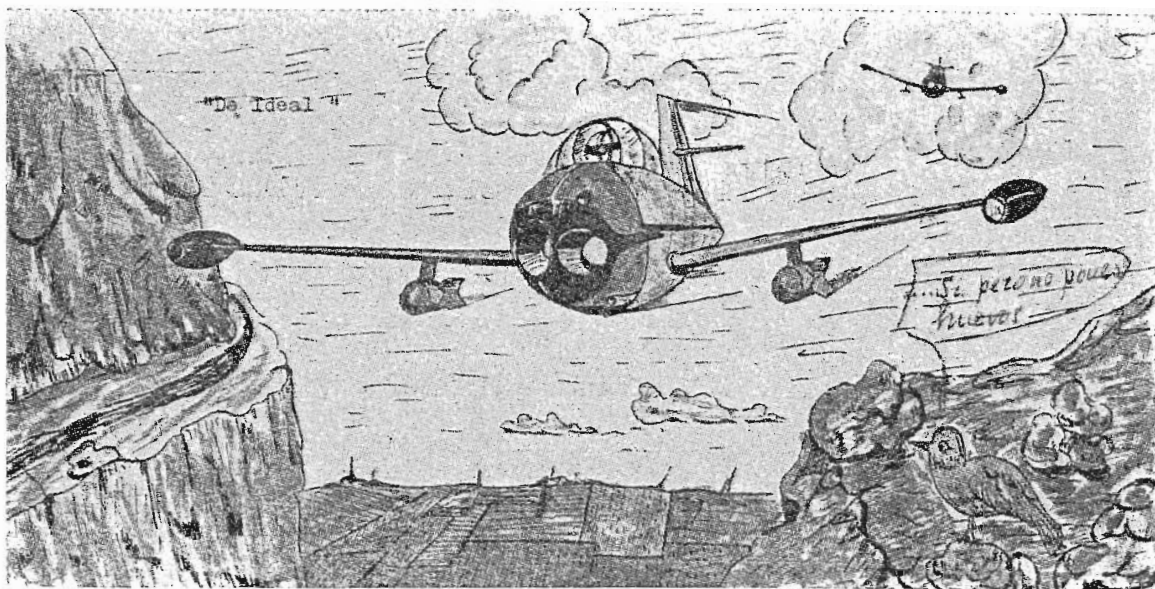
No voy a escribir sobre ninguna encíclica de tipo social, tan en boga hoy, quizá por la ignorancia, muy generalizada, de que ya hace unos tres mil seiscientos años Moisés descendió del Sinaí con las más perfectas leyes del juego cívico que puedan concebirse, maravillosa recopilación que comprendía lo que no sería capaz de reseñar todo un Espasa.

Tampoco escribiré sobre lo que mis compañeros, Auxiliares y Observadores de Meteorología, machacan continuamente en esta misma Revista: sobre la incongruencia de que los servidores del pilar de la Meteorología, las observaciones sinópticas, sea el único personal del Servicio que carece de la garantía de una situación de funcionario. Y, total, porque no se le ha dado ocasión de demostrar «oficialmente» que sabe dónde murió «La Beltraneja», puesto que no es creíble que se dude de su capacidad profesional, que sería tanto como admitir qué análisis y predicciones son únicamente el juego de azar de un presentimiento. ¡No!, no voy a escribir tampoco de esto: de esa especie de titulocracia que empieza a implantarnos su dictadura.

Escribiré, aun cuando parezca mentira, sobre la importancia que tiene nuestra atmósfera para el espíritu humano, quizá pareja a la que tiene para el desarrollo fisiológico.

Creo que existe una diferencia sustancial entre contemplar el firmamento nocturno, como el pastorcillo de la tradicional estampa bucólica, en la soledad del bosque (recostada la cabeza en el tronco de un vetusto árbol), a observarlo como cosmonauta, desde un vehículo espacial en viaje astral, lejos de la Tierra.

Este mirar campestre nos llenará de asombro; sin duda, de infinita incompreensión, pero su viviente palpitar nos hará también conscientes plenos de la grandeza divina y nos sentiremos su hechura primordial. Nos permitirá suponer que a nosotros están dirigidos los guiños de las estrellas, guiños que alguien más sapiente llamó «titilar»; que la masa alargada y lechosa que corta al ecuador celeste sigue siendo el camino que lleva al lugar en que reposan los santos restos del Hijo del Trueno; y a Sirius, por sus irisaciones, creerlo un «Cullinan» fantástico, en joyel particular-



mente nuestro; quizá a Lefiro adornando la cola del León con la Cabelera de Berenice, o a Hércules en persecución del Toro.

Allá arriba, como astronauta alejado en superlativo de nuestro planeta, creo que las constelaciones inexistirán—perdido su individualismo por lo abigarrado del conjunto—y la Vía Láctea habrá dejado su carácter de vereda rutilante para semejarse a algo indeterminado... ¿El gigantesco fósil vertebral de la mítica serpens, diluídos sus extremos en los infinitos?... ¿El seco cauce del hijo de Erebo y de la Noche, albo de salitrosas lágrimas pretéritas? Y un Sol campeando sobre este inconcreto. Un extraño Sol aureolado por romboidal corona y con su limbo enmarcado en la dantesca configuración de encrespadas protuberancias; pero empequeñecido su disco por la ausencia de refracción y seccionado su signo primordial al extremo de ser incapaz ante las profundas tinieblas y los miles y miles de estrellas, puntiformes pinceladas carentes de la belleza de su parpadeo, legado sólo de un campo atmosférico, que desconcertarían a mi mente—como todas, precisa siempre de lo referencial—.

Lo contemplación del cielo como el zagal, supone siempre un saturarse de fe en la grandeza del Creador; un sentirse pletórico de amparo divino, perdurable en el más allá de nuestros pasos terrenos.

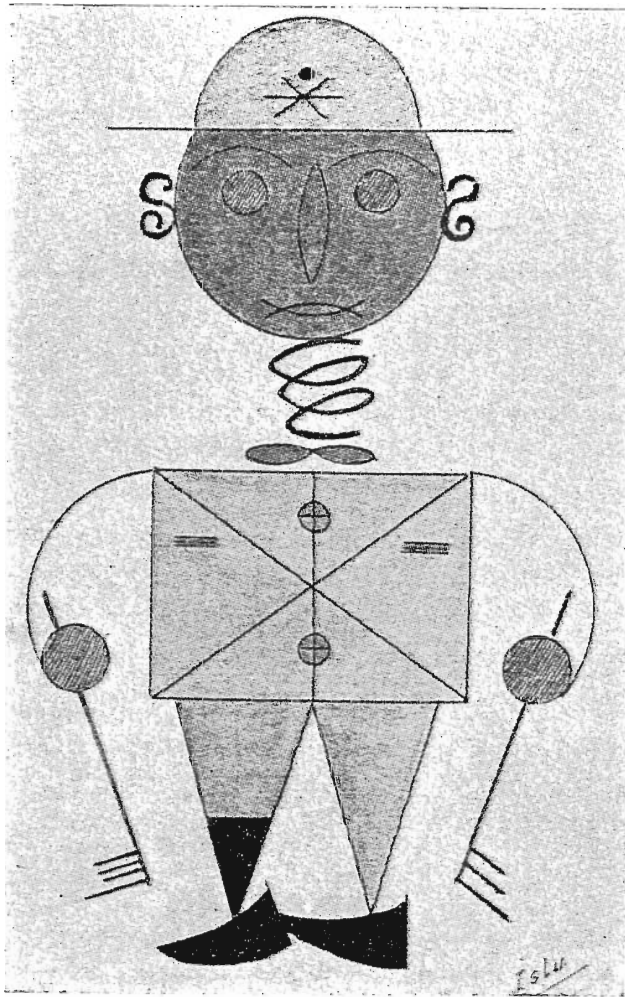
Visto desde ese vasto y frío vacío, me parecería una advertencia que sobrecoje. Un minimizarnos a órdenes microscópicos; un certificar una calidad de simples esporas, sólo proliferables en el redil que se nos ha asignado en el principio de los tiempos.

Y es que ese abstracto panorama, al que jamás podría habituarme, ese eterno y perfecto engranaje, donde las maravillosas leyes celestes todo

lo mantienen aparentemente estático en el relativismo de nuestras sensaciones, sin concepto ni de lo tridimensional, y desagradablemente encajado a lo que se supone el antitesis de la mecánica, el absoluto silencio, más que miedo, lo que provocaría en mí sería un fuerte estado morboso de la psiquis, como únicamente la soledad total, el sentimiento de orfandad integral, sería capaz de conseguir... Y es que aquello, desde mi punto de vista, será eso: vacuidad infinita de espíritu, en la que incluso la impresión de la muerte ha de estar ausente.

Si soy un enamorado de mi profesión, creo que es (en un tanto por ciento muy elevado) por esa oportunidad que me brindan los servicios nocturnos de contemplar el firmamento a través del prisma de nuestra tan importante atmósfera.

* * *



Hombre simbólico

LUIS DOMINGUEZ HERNANDEZ

Observador Civil de Matacón